

Olivas, lucharon en la joven al pie del suplicio. La muchedumbre asistió al desgarramiento del cuerpo y del alma. Aquel circo estúpido y feroz tuvo el espectáculo completo de una agonía.

Por último, Juana conoció la necesidad de reponerse por la vista del símbolo del supremo sacrificio aceptado por el Hijo del Hombre para el hombre. Imploró la gracia de morir abrazando á lo menos una cruz, símbolo de la última comunión con la Iglesia que la repudiaba. Largo tiempo se hicieron sordos á esta súplica. Sin embargo, un inglés cruzó dos palos, atándolos con una cuerda, y formó una imagen grosera de cruz. La tomó, la besó, y abriendo su camisa la apretó contra su pecho, como para que penetrase mejor en su corazón la virtud de este signo.

El monje Isambart, atento á sus menores movimientos, y que vio su deseo tan mal satisfecho se atrevió á ejecutar un acto de generosa audacia, á riesgo de parecer impío, en su compasión. Corrió con un macero á una iglesia cercana de la plaza del mercado, y tomando la cruz de la parroquia la puso en manos de Juana; verdadero Simon de aquel suplicio.

Los verdugos hicieron marchar á la joven hácia el patíbulo. Su confesor subió con ella murmurando á su oído piadosas animaciones: su sangre fría no la había abandonado en su desesperación. Habiendo puesto fuego el verdugo á los extremos inferiores de la hoguera, estando atada á un poste,

—¡Jesus! exclamó, retiraos, padre mio, y cuando la llama me vaya envolviendo, elevad la cruz para que yo la vea al morir, y decidme palabras santas hasta el último.

El obispo de Beauvais, como para obtener una justificación de su sentencia por alguna acusación de la moribunda contra sí misma, se acercó á la hoguera.

—Obispo, obispo, le repitió la pobre joven, como si esta voz viniese ya del otro mundo, muero por vuestra causa.

Después, mirando á través de sus lágrimas aquella muchedumbre, ávida del suplicio de su libertadora,

—¡Oh, Rouen! dijo ella, tengo miedo de que no espíes algún día mi muerte.

Después oró en voz baja.

Un gran silencio había sucedido al tumulto de una muchedumbre agitada. Se hubiera dicho que aquel mar de hombres se callaba para oír el último suspiro de una vida que iba á fenecer. Un grito de horror y de dolor salió de la hoguera. Era que la llama impelida por el viento prendía los vestidos y los cabellos de la víctima.

—¡Aguá, agual gritó por un instinto de la naturaleza.

Después, rodeada como de un manto por las llamas, que formaban torbellinos á su alrede-

dor, no profirió mas que algunas palabras confusas y entrecortadas, entendidas solo por el confesor é Isambart, á través del chisporroteo de las ascuas. Por último, dejó caer su cabeza rodeada de llamas sobre su pecho, y dijo con una voz espirante ¡Jesus!

Ya no se oyó mas su voz y no se encontró mas que un poco de ceniza. Winchester hizo arrojar al Sena aquellas cenizas, para que nada quedase sobre la Francia del espíritu y del brazo de la joven campesina que la habían disputado á la servidumbre.

¡Se engañó: Juana de Arco había muerto; la Francia se había salvado!

VIII.

Tal fué la vida de Juana de Arco, la inspirada, la heroína y la santa del patriotismo francés, á la vez gloria, salud y vergüenza de su patria. El pueblo, para colocarla entre las mas sublimes é interesantes figuras de la historia, no tiene necesidad de aceptar las ilusiones entusiastas de la muchedumbre, ni las explicaciones de otro tiempo. El suelo oprimido trasladó su alma á una joven; su pasión por la libertad de su país la da el don de los milagros, porque la naturaleza le concede á todas las grandes pasiones desinteresadas, lanzándose desde las filas del pueblo, detenida por sus parientes, arrastrada por su decisión, acogida por la política, desplegada como una bandera por los gefes y los combatientes de una causa perdida, deificada por el vulgo, victoriosa de los enemigos, abandonada del rey, de los hombres y de su genio después de acabada su obra; odiosa á los usurpadores, vendida por la ambición, juzgada por cobardes, condenada por sus hermanos, sacrificada en holocausto á los extranjeros, se desvanece como un meteoro en un sacrificio, que parece á los unos una expiación, á los otros una asunción en la muerte. Todo parece milagro en esta vida, y sin embargo, el milagro no es ni su voz, ni su visión, ni su signo, ni su estandarte, ni su espada; es ella misma. La pureza de su sentimiento nacional es su mas segura revelación; su triunfo atestigüa en ella la energía de esta virtud; su misión no es mas que la explosión de esta fé patriótica en su vida; en ella vive y muere y se eleva á la victoria y al cielo sobre la doble llama de su entusiasmo y de su hoguera. Ángel, muger, pueblo, virgen, soldado, mártir, es el blason de la bandera de los campos, la imagen de la Francia popularizada por la belleza, salvada por la espada, sobreviviendo al martirio y divinizada por la santa superstición de la patria.

BERNARDO DE PALISSY.

«El número de mis años me ha dado atrevimiento para decir que uno de estos últimos días estaba considerando el color de mi barba, lo cual me hizo pensar en los pocos días que me faltan para concluir mi carrera, y me hizo admirar los lirios y los trigos de los campos, y muchas especies de plantas que cambian sus colores verdes en blancos, cuando están preparadas para dar sus frutos. Muchos árboles se apresuran á florecer cuando sienten que va á cesar su virtud vegetativa y natural... Es, pues, justo y razonable que cada cual se esfuerce por multiplicar el talento que ha recibido de Dios... Por cuya razón yo me he esforzado en dar á luz las cosas que Dios se ha dignado hacerme comprender, á fin de ser útil á la posteridad.»

En estos términos se espresa un pobre alfarero, llegado á los noventa años, en el prefacio de los escritos y diálogos consigo mismo, en los cuales se ocupa de su oficio, de sus miserias y de su vida, para consuelo suyo y estímulo de los demás. Parece una página de las confesiones de San Agustín ó de Juan Jacobo Rousseau; parece un filósofo, un escritor, un genio de corazón y de estilo. El escritor, el filósofo, el sabio no es mas que un obrero, envejecido entre su horno y sus pucheros y con las manos arrugadas por la arcilla que ha manejado toda su vida. Nunca se comprende mejor que estudiando á este hombre insignificante, que la grandeza no está en la condición, sino en el corazón.

II.

Se llamaba Bernardo de Palissy. Cuando joven amasaba la tierra y cocía tejas en el tejár

de su paare, en la aldea de la Chapelle-Biron, en el Perigord. Pero la pasión de hacer bien lo que se hace, que conduce al hombre reflexivo á hacer mejor lo que ve hacer, y que acaba por hacerle dueño de todos los descubrimientos en los trabajos del espíritu ó de la mano, atormentaba á aquel joven. Manejando su tierra grosera y contemplando su teja endurecida, enrojecida, trasformada en fuego del horno, pensaba en las formas, en los relieves, en las asas, en los adornos, en las figuras de los vasos, que se modelaban ya en su pensamiento, en la pasta y en el esmalte con que había de colorear un día sus obras maestras de alfarería.

El oficio de alfarero, es decir, el oficio de amasar las formas y cocer la tierra al sol ó al fuego es uno de los primeros oficios del hombre. La tierra humedecida, en que el pie deja su huella, se mostró naturalmente por sí misma, como un elemento preparado para el fuego ó la industria de los primeros habitantes del globo.

Los vasos, las copas para contener los líquidos de que necesita la sed, desde que el hombre dejó de beber en el manantial como los ganados, reemplazaron á la cavidad de la mano, que acercaba la bebida á los labios. La alfarería mas perfeccionada, destinada á la cocción de los alimentos, debió seguir de cerca á la invención del fuego. Desde la primera jarra de arcilla, ó desde la primera copa de tierra hasta la pasta coloreada de los vasos etruscos, ó las porcelanas esmaltadas de la China ó del Japon y hasta las pinturas indelebiles, incrustadas por la llama en los costados de las ánforas de Sevre, se puede medir toda la inmensa escala que separa el rudo oficio del arte esquisito... La mas remota antigüedad nos manifiesta que este oficio empleaba innumerables manos. Babel era una montaña de ladrillos.

Moisés libertó á su pueblo de los egipcios porque no daban á los hebreos, condenados á este trabajo servil, toda la paja necesaria para liar los ladrillos que construían para las pirá-

mides. Los griegos, que no tenían en el fondo mas culto que la adoración de lo bello, en todo y bajo todas las formas, y que se resumen en Platon, el adorador de la idea, estimaban en tanto el arte, en apariencia vulgar, del alfarero, que erigieron estatuas y acuñaron medallas en honor de los primeros que habían trabajado la arcilla. Coracbus de Atenas, inventor de la alfarería; Dibutades de Sicyone, inventor de la tierra cocida al fuego; Talo, inventor de los tornos con que se redondeaban los pies de los vasos, deben su fama á este oficio. El mismo Fidias, el divino estatuario, dió modelos de copas á los alfareros de su tiempo.

Sin duda había en este género obras maestras en Grecia; pero el tiempo, las convulsiones sociales, las invasiones, los incendios, las han destruido. Han vuelto á la tierra, de donde han salido. Los únicos monumentos usuales de la alfarería que nos han sido conservados han sido descubiertos en las tumbas: los sepulcros son los mejores guardianes de todas las cosas.

Los etruscos, pueblo que habitaba la Etruria, hoy Toscana, llevaron este arte á tal perfección y multiplicaron de tal modo los vasos, las copas, las ánforas y las urnas cinerarias, que el suelo en que vivieron las vuelve todavía hoy por millares en las excavaciones, y no parece sino que aquel pueblo, que proveía á todas las naciones de tierras cocidas, era una nación de alfareros.

Los romanos los imitaron sin igualarlos. Todavía se enseña en las puertas de Roma un montecillo artificial, llamado el *Testaccio*, formado enteramente por los desperdicios de la alfarería romana, cuyos fragmentos eran arrojados en montones en aquel sitio, como para ser testimonio en lo venidero de la inmensidad de la capital de aquel pueblo y de la eternidad de su duración.

A la caída del imperio romano, el arte de amasar, de modelar, adornar, esculpir, barnizar y pintar la tierra cocida desapareció con todos los demas. El cristianismo al principio rechazaba las artes demasiado ligadas con la idolatría. Templos, estatuas, urnas, vasos, copas profanas, todo lo proscribió para volver á crear un mundo nuevo. Los griegos de Bizancio fueron los únicos que conservaron por tradición algunos procedimientos de esta industria de sus padres; los ejercían en Damasco, la primera entre las ciudades manufactureras del Oriente, cuyos vasos, barnizados y pintados, circularon por el mundo como un lujo regio. Aquellas tierras cocidas eran, sin embargo, groseras y faltas de gracia; se percibió en ellas la decadencia de una industria perdida.

20 Pero mientras el Occidente creaba, perdía y se esforzaba para recobrar la alfarería, el viejo Oriente fabricaba sin que la Europa lo supiese desde hace millares de años, las porcelanas transparentes, pintadas, y coloreadas, lujo secular de los chinos y de los japoneses.

Habían llegado á tal perfección de pasta de formas y de colores en esta industria, que apenas podemos rivalizar con ellos imitándolos, y que si se tomara por medida de la civilización material la prioridad del arte de dar formas á la arcilla, habría que humillar al Occidente ante el Oriente. Los anales mas remotos de la China han perdido hasta la fecha de la antigüedad de las porcelanas.

Hay misterios de antigüedad en una taza de té ó en una figura de dios ó de diosa de celeste imperio. Los primeros geógrafos árabes que hablan de la China, apenas entrevista hace mil años por los navegadores de los mares de la India, refieren que en las ciudades de aquel imperio maravilloso «no hay ningun arte mas estimado que el de alfarero y dibujador de paisajes sobre porcelana, que inundan la India, la Persia y la Arabia con vasos de tierra transparentes, de inimitable belleza, y que algunos millones de hombres no tienen mas ocupacion ni otra gloria, desde tiempos inmemoriales, que fabricar la porcelana... El Japon sobrepuja á los chinos en un barniz que se llama laca, y que se desprende de un árbol, cuya corteza se abre en la primavera para recoger su savia en cochinitas. Despues se le deseca sobre hilos de algodón; se le oprime entre piedras apretadas; se le deja en infusión en aceites purificados; despues se le estiende y se pule hasta que tiene el brillo de cristal. Entonces se pinta este barniz con figuras ó flores de oro, y se cubre la pintura con otro barniz trasparente que desafía á la acción de la llama.»

Las formas de estos vasos, las figuras, las esculturas y las pinturas que los adornan manifiestan imaginación, gusto, gracia, ingenio y habilidad en las manos, así como la pasta de que están hechos manifiesta invención y paciencia. Las asas de las tazas son unas veces arbustos cubiertos de follaje, otras animales, cariátides animadas cuyas patas sostienen los costados y cuya cola se enroscas en el pie de la copa. Ora es una gata y su cría, recostadas sobre una roca hendida, cuya cavidad contiene aguas ó perfume liquido. Ora un mendigo que canta para implorar la compasión, y la gota de té que caerá del vaso en la mano del hombre acomodado; ora un pájaro acostado, cuyo pico destila el liquido, ó una muger rodeada de sus hijos, en medio de frutos y hojas; un mono jugando con una naranja que se escapa de sus dedos; una taza, en forma de flor entreabierto, de la cual el tallo forma el asa, ó un viejo parecido á Tántalo, que eleva la cabeza al borde de la copa, cuya agua se desborda, sin caer nunca sobre sus labios, ú otros mil caprichos de adorno, que hacen de un aparador del Japon ó de la China un verdadero museo de arte y de imaginación, en que todos los caprichos de la naturaleza están reproducidos en porcelana. ¿Cuántos siglos se han necesitado para que un oficio, tan vulgar ea

apariencia, llegase á ser el lujo y la industria principal de tantos millones de hombres!

Pero estas maravillas del Oriente eran todavía desconocidas para el Occidente en el siglo XIV. El barro barnizado se presentó por primera vez en los pavimentos de la Alhambra de Granada y en las mezquitas de los moros en España. La Arabia es la que introduce este arte en la Europa. Solo un siglo mas tarde se dió á conocer al famoso Luca della Robbia, el Palissy toscano por sus trabajos de alfarería esmaltada en Italia. Escultor de tierras cocidas, llegó, despues de tareas oscuras, á dar color y barniz á sus grupos de esmalte blanco, impermeable á los elementos que roen la arcilla.

Las ciudades industriosas de Florencia y Faenza le debieron su exportación y su renombre. La pintura se apoderó en seguida de aquel esmalte como de un lienzo imperecedero, y los cuadros de los mas grandes maestros fueron copiados y perpetuados sobre los trabajos de tierra. La escultura quiso rivalizar con la pintura y agrupó sus estatuas y sus bajos relieves alrededor de los vasos, de las copas y de los platos de la arcilla endurecida.

III.

El arte del alfarero se encontraba en este estado cuando Bernardo de Palissy fabricaba sus tejas, sus ladrillos y sus vasijas para contener el agua, el vino y el aceite en su tejár. Pero qué podía saber de estos secretos del artista el pobre trabajador, ignorante, sin modelos, sin libros y sin guías, en una cabaña de campesinos tan rudos como él, en medio de los pantanos y de los bosques de la Saintonges! Y sin embargo, el arte, que se dedicó en todas partes al culto de los dioses, como si quisiera volver á su origen y divinizarse á si mismo, mezclándose con las cosas santas, se presentó al joven alfarero á través de todos los esplendores de los dibujos góticos, de los cristales pintados de su iglesia.

Comprendió que el cristal, que dejaba pasar los rayos del sol hasta el templo y que incrustaba las maravillosas escenas de la Biblia y del Evangelio no era mas que una tierra y una arena mas amasados por la mano del hombre, mas endurecidos por el fuego y que han adquirido la transparencia del cristal de roca, por procedimientos que parecen una magia del trabajador. Desde aquel dia la tierra que manejaba tan bien le pareció fango; en su imaginación se presentó una magia que imitar y otras que describir. Dejó el tejár de su padre y empezó su aprendizaje en los talleres de artistas vidrieros, asemejados entonces con la

nobleza por la ciencia y la dignidad de su oficio.

El arte de la vidriería no consistía solamente en formar el cristal, sino en recortarle para los dibujos de la ojiva de las catedrales ó de las capillas, y cubrirles con pinturas que representaba los paisajes, los animales, los personajes, los misterios del cielo cristiano. Los cristales eran el poema de la vista para el pueblo que frecuentaba las iglesias. Cantaban á las miradas de los campesinos la creación del mundo, las delicias del paraíso terrestre, los rios, los árboles, los leones, los corderos, los pájaros, compañeros del hombre, los milagros de la revelación, los suplicios del Calvario, los martirios del circo, las resurrecciones de las víctimas de la nueva fé; los cielos abiertos; el Padre Eterno; el Hijo, verbo y misericordia del Padre; el Espíritu, bajo la forma de la paloma, que vuela del uno al otro para constituir la unidad, y que espasce desde su pecho rayos, que siembran por todas partes la luz y el amor; en fin, las almas felices, figuradas por innumerables rostros alados, que forman círculos semejantes á las estrellas escazonadas en el firmamento, y que gozan el reflejo divino en la morada del Padre.

Bernardo de Palissy, para hacerse capaz del arte que había adoptado, aprovechó horas de la noche y lo superfluo de su salario para instruirse en todas las ciencias del cálculo y de la mecánica que tenían relación con su oficio. Su espíritu, á la vez ardiente é infatigable, se formó al mismo tiempo que sus dedos. Aprendió rápidamente la geometría, el dibujo, la pintura y la escultura elemental. Los asuntos de sus dibujos le llevaron pronto á los libros sagrados y los libros profanos, hojeados para buscar en ellos escenas, cuadros, alegorías. Se hizo sin notarlo, literato, poeta, teólogo, filósofo, político. Estudiando un solo oficio, con la pasión de perfeccionarlo hasta donde pudiera, no dejó nada que no tocara: no quería formar en si mismo mas que un artesano y formó un hombre. Es carácter de todo verdadero genio aspirar siempre á ser universal: los supuestos límites que separan á un oficio de otro son límites del pensamiento. El genio los atraviesa casi siempre para llegar á lo infinito, verdadero campo del espíritu humano. En este infinito se contiene todo y se completa todo. El universo no es mas que un arte inmenso que esculpe, que dibuja, que pinta, que escribe, que canta, que revela lo bello, es decir, Dios. Así comprendió Palissy el suyo. Al fin de sus dias daba forma á su idea en su espíritu, así como cuando era joven la daba á la arcilla en sus manos, y su estilo, modelado sobre la naturaleza, no tenía menos colores, ni menos relieve, ni menos vigor y gracia que sus grupos ó sus cuadros. Haciéndose alfarero se había hecho poeta y escritor.

Un instinto desconocido conduce al niño de genio y al artesano que ambiciona la perfección.

ción á dejar su país natal y viajar. Green sin duda, así el uno como el otro, que encontrarán mas allá de su horizonte material otro horizonte moral, en que se les aparecerán cosas desconocidas. El cambio de sitios satisface la inquietud natural del alma, que busca un no sé qué mas perfecto; y además cada ciudad y cada país se incorporan, por decirlo así, mas especialmente una parte distinta del arte de la industria, de los oficios del hombre. Aquí se forja mejor el hierro, allí se hace mejor el cobre, en el Mediodía la seda, en el Norte el lino, en el Oeste las lanas, en los Pirineos el cristal, en Lion las fábricas. El clima, las producciones, las costumbres de las localidades se prestan mas ó menos á cada una de estas industrias humanas; el hijo conserva el secreto de su padre, el arte se localiza, y el que quiera alcanzar su perfección debe ir á estudiarlo en su sitio respectivo. De aquí la costumbre de dar una vuelta por el mundo ó de dar una vuelta por Francia, que ha hecho desde Homero y Pitágoras que cuando un trabajador de cualquier oficio empieza la vida de filósofo, de poeta y de artesano, se da á sí mismo, de ciudades en ciudades y de pueblos en pueblos, el espectáculo del mundo antes de darse á sí mismo en espectáculo y como modelo á su arte.

Bernardo de Palissy fué á trabajar de ciudades en ciudades hasta Tarbes, situada en un llano enfrente de los Pirineos, y en donde florecia entonces la pintura sobre cristal. Pronto, encantado por la escena pintoresca que tenía á la vista, se sintió pintor al aspecto de aquel cuadro de la naturaleza; dejó para otro tiempo la arcilla y el cristal y recorrió las gargantas y las cimas de aquellas montañas, en que el artista supremo parece que ha formado juegos con todas las cumbres, todos los valles, todas las fuerzas y todas las gracias de la creación.

Si Bernardo de Palissy no era mas que un trabajador al entrar en el laberinto de los Pirineos, salió de él pintor y poeta. Se fastidió de la uniformidad del taller de Tarbes, y viajando como dibujante y trazador de imágenes, ganó así su vida perfeccionando su mano y dando ensanche á sus ideas. Recorrió pintando todas las provincias de Francia, desde Marsella á Flandes y las orillas del Rin; sus correrías por las montañas de los Pirineos y de los Alpes y la particular atención que dedicaba á las diferentes cualidades de la tierra, de las rocas, de las arenas, de las aguas, para hacer aplicación de todo á su primera profesión, le habían hecho naturalista.

Empleaba sus ocios en examinar el lecho de los manantiales, en sorprender en sus junco y en las elevadas yerbas acuáticas los reptiles, los escarabajos, los insectos que pueblan las orillas de los arroyos, en ascender por las montañas, en penetrar en las gargantas inaccesibles y en las cavernas para espiar en ellas los secretos de Dios. Los vastos horizontes que se descubren desde los sitios elevados, los límites va-

riados del cielo, la vida de las hojas, de los prados, se pintaban y se incrustaban deliciosamente en sus ojos para reproducirse mas adelante bajo su mano. Hijo solitario de la naturaleza, esta era su maestro y su paleta al mismo tiempo. Se embriagaba con el éxtasis, con la verdad, con el candor de sus impresiones y de esta falta de maestro en este comercio de Palissy con la naturaleza, debía brotar un arte nuevo.

Pero si un instinto aleja en la primera juventud de su país al trabajador, otro instinto le vuelve á él cuando ya ha visto lo que tenía que ver. Aunque el hombre sea un ser nómada tiene, sin embargo, como el árbol, raíces invisibles en el corazón y en la memoria, que le retienen en su cuna ó le hacen volver á ella. Estas raíces son los recuerdos, las ternuras, los pesares, los disgustos, las gratitudes que ligan al hombre al tronco que se llama familia y patria. Allí está el suelo que le alimenta; allí recuerda un padre, una madre, hermanos, hermanas, compañeros de infancia, rostros, voces, sonrisas que ha amado antes de recorrer el mundo, y que nada ha podido borrar de su memoria. Estos sueños del viajero y del obrero concluyen por ser una enfermedad dulce de su pensamiento, cuya curación no está para él sino en el país de sus amores, le atraen sin que lo note y por un círculo cada vez mas estrecho hacia la aldea ó la casa de su nacimiento. Concluye por volver á ella y por dar descanso á su corazón. Este deseo es tanto mas sensible cuanto mas sensible el hombre que le experimenta. Las imágenes se convierten en pasiones en el alma de los poetas ó de los artistas.

Palissy había llevado de su país natal, al partir para dar su vuelta por Francia, una de esas imágenes vivas que le llamaban á la patria. Su alma, recogida, religiosa, no era de los que dejan evaporar una primera flor de amor al viento del mundo. Se casó y fundó una familia sobre escasos bienes sobre un trabajo asiduo.

Esta felicidad fué en aquellos primeros años de descanso la distracción de su genio. El hombre que posee lo que ama olvida fácilmente la gloria. La ambición no es mas que el vacío; un corazón lleno no se agita. Pero los hijos fueron tan numerosos que los años y la ambición muertos en él renacían para ellos y con ellos. Era preciso atender á las necesidades de una vida que se multiplicaba en otras tantas vidas, como hijos tenía alrededor de su mesa y como ancianos había en torno de su hogar. Trató primeramente de atender á ella, empleándose como geómetra en la medición de tierra de la Saintonge, en servicio de los hombres del fisco, que iban en nombre del rey á poner límites y medir las herencias para los impuestos. Este trabajo no le separaba del objeto de su constante estudio, la tierra. Al medir sondeaba la arcilla, pesaba la arena, pulverizaba

el pedernal, meditaba esas mezclas y esas combinaciones de elementos, propias para producir los desenbrimientos fortuitos de materia, de pasta, de color, de barniz que agitaban su pensamiento desde su primera edad. Un fragmento de alfarería de Luca della Robia que había recogido en las barredoras de alguna quinta durante sus viajes hacia trabajar su espíritu como la manzana al caer del árbol hizo trabajar el de Newton; como la rama florecida, flotando sobre el Océano, hizo que los primeros navegantes, compañeros de Cristóbal Colon, presagiaran un nuevo continente.

Causado del oficio lucrativo, pero temporal y estéril de agrimensor, volvió á su casa y al lado de su muger, decidido á intentarlo todo por ella y por sus queridos hijos; y á inventar ó á morir en el trabajo. Débese leer en sus mismas páginas, apasionadas con la fiebre de su amor y de su voluntad, la relación de sus meditaciones, de sus días y de sus vigias, de aquel periodo de vida, comparable con los dolores de un parto.

IV.

«¡Ah! dice en su libro titulado *Del arte de la tierra*, es verdad que no tenía muchos bienes; pero tenía fama de trazar bien los planos y me llamaban para dibujarlos en las particiones y en los pleitos. Sabía algo en el arte de vidriería y no me dediqué al arte de la tierra hasta después de haber ganado bastante para vivir algún tiempo sin trabajar. Pasé muchos disgustos y pobreza antes de conseguirlo, cargado como estaba de muger é hijos. No tuve medios para ir á aprender dicho arte en ningún taller, ni para sostener ningún criado que me ayudara... Hace veinte y cinco años me fué presentada una copa de tierra, torneada y esmaltada, de tal belleza que desde entonces entré en disputa con mi propia imaginación para encontrar un esmalte, y me dediqué á buscar los esmaltes sin saber de qué materias se componían, como hombre que anda á tientas.

«Reunía todos los materiales que se me ocurrían, y después de reunirlos compraba una cantidad de vasijas de tierra, y después de haberlas hecho pedazos los frotaba con los materiales que había preparado; apuntaba en la memoria las drogas que empleaba en cada ensayo, y después de hacer un horno según mi idea, cocía en él dichos trozos para ver si mis drogas podían dar algún color. Pero como no había visto nunca cocer tierra, no conseguía nada aunque mis combinaciones fuesen buenas, porque unas veces habían cocido demasiado, otras muy poco... Y viéndome así chasqueado con repetición con grandea gastos

y trabajos, volvía todos los días á reunir y preparar nuevos materiales y á construir nuevos hornos con gran gasto de dinero y consumo de combustible y de tiempo.

«... Después de vacilar y andar así á tientas varios años con tanta imprudencia, con tristeza y suspiros, compré nuevamente vasijas de tierra, y habiéndolas roto en pedazos, cubrí trescientos ó cuatrocientos con ensayos de esmalte y los llevé á una alfarería que estaba legua y media de mi residencia, suplicando á los alfareros que me permitiesen cocer aquellas pruebas.

«Dios quiso que empezase así á perder valor, y para la última tentativa, habiendo llevado conmigo un hombre cargado con mas de trescientas pruebas, resultó que una de estas pruebas se fundió antes de las cuatro horas después de haber sido introducida en el horno, lo cual me causó tal alegría que creí haberme transformado en otro hombre y pensé haber alcanzado la perfección en el esmalte blanco. Pero aquella prueba, si había sido muy afortunada por una parte, era por otra muy desgraciada; feliz porque me dió entrada á lo que he llegado á ser, é infeliz porque no había sido hecha en dosis ó proporción suficiente. Fui tan torpe entonces que en cuanto hubo hecho dicho blanco, que era muy hermoso, me dediqué á hacer vasijas de tierra como si jamás las hubiera visto, y después de emplear siete ó ocho meses en hacerlas, trabajé en construir un horno como el de los vidrieros, en cuya fabricación pasé indecibles trabajos, pues necesitaba hacer por mí mismo los ladrillos y preparar la cal y conducirlo todo sobre mis espaldas, pues no tenía medios para pagar á ningún hombre que me ayudase en esta tarea.

«Hice cocer las vasijas por primera vez, pero al querer darles la segunda cocción tuve pesares y trabajos tales, que nadie querrá creerlos. Porque en vez de descansar de las pesadas fatigas tuve que trabajar mas de un mes para preparar las materias con que había confeccionado el espesado blanco, y luego que las tenía preparadas, cubría con ellas las vasijas que había hecho. Después de esto las puse al fuego en mi horno de dos bocas, como había visto hacer á los vidrieros; pero esto es muy desfavorable para mí, pues aunque estuve seis días y seis noches delante del horno sin dejar de quemar leña por sus dos bocas, no me fué posible hacer fundirse el esmalte, y estaba como un hombre desesperado, y aunque agobiado por el trabajo, comprendí que en mi esmalte había poca materia de la que hace fundir las demas, y empecé á recoger y moler dicha materia sin dejar enfriar mi horno. De este modo tenía doble trabajo moler y calentar el horno.

«Luego que tuve compuesto mi esmalte me vi obligado á ir nuevamente á comprar pucheros para experimentarlo, pues había perdido todos los que había hecho, y habiéndolos cu-